

atrevió, que le volvió de una parte á otra sin que despertase: como vió esto, se fué á la gatera de la puerta, y con voz tan baja como la primera llamó á la dueña, que allí la estaba esperando, y le dijo:

—Dame albricias, hermana, que Carrizales duerme más que un muerto.

—Pues ¿á qué aguardas á tomar la llave, señora?—dijo la dueña;—mira que está el músico aguardándola más há de una hora.

—Espera, hermana, que ya voy por ella,—respondió Leonora.

Y volviendo á la cama, metió la mano por entre los colchones y sacó la llave de en medio dellos, sin que el viejo lo sintiese; y, tomándola en sus manos, comenzó á dar brincos de contento, y sin más esperar abrió la puerta y la presentó á la dueña, que la recibió con la mayor alegría del mundo.

Mandó Leonora que fuese á abrir al músico, y que le trujese á los corredores, porque ella no osaba quitarse de allí por lo que podía suceder; pero que ante todas cosas hiciese que de nuevo ratificase el juramento que habia hecho de no hacer más de lo que ellas le ordenasen, y que si no le quisiese confirmar y hacer de nuevo, en ninguna manera le abriesen.

—Así será,—dijo la dueña, y á fe que no ha de entrar si primero no jura y rejure, y besa la cruz seis veces.

—No le pongas tasa,—dijo Leonora, bésela él, y sean las veces que quisiere; pero mira que jure por la vida de sus padres, y por todo aquello que bien quiere, porque con esto estaremos seguras, y nos hartaremos de oír cantar y tañer, que en mi ánima que lo hace delicadamente; y anda, no te detengas más, porque no no se nos pase lo noche en pláticas.

Alzóse las faldas la buena dueña, y con no vista ligereza se puso en el torno, donde estaba toda la gente de la casa esperando, y habiéndoles mostrado la llave que traía, fué tanto el contento de todas, que la alzaron en peso como á catedrático, diciendo: viva, viva; y más cuando les dijo que no habia necesidad de contrahacer la llave, porque segun el untado viejo dormía, bien se podían aprovechar de la casa toda las veces que la quisiesen.

—Ea pues, amiga,—dijo una de las doncellas, ábrase esa puerta,

y éntre este señor, que há mucho que aguarda, y démonos un verde de música, que no haya más que ver.

—Más ha de haber que ver,—replicó la dueña, que le hemos de tomar juramento como la otra noche.

—Él es tan bueno,—dijo una de las esclavas, que no reparará en juramentos.

Abrió en esto la dueña la puerta, y teniéndola entreabierta, llamó á Loaysa, que todo lo habia estado escuchando por el agujero del torno, el cual llegándose á la puerta, quiso entrarse de golpe; mas poniéndole la dueña la mano en el pecho, le dijo:

—Sabrá vuesa merced, señor mio, que en Dios y en mi conciencia todas las que estamos dentro de las puertas desta casa somos doncellas como las madres que nos parieron, excepto mi señora, y aunque yo debo de parecer de cuarenta años, no teniendo treinta cumplidos, porque les faltan dos meses y medio, también lo soy, mal pecado; y si acaso parezco vieja, corrimientos, trabajos y desabrimientos echan un cero á los años, y á veces dos, segun se les antoja: y siendo esto así, como lo es, no sería razon que á trueco de oír dos, ó tres, ó cuatro cantares, nos pusiésemos á perder tanta virginidad como aquí se encierra; porque hasta esta negra que se llama Guiomar, es doncella. Así que, señor de mi corazón, vuesa merced nos ha de hacer, primero que éntre en nuestro reino, un muy solene juramento de que no ha de hacer más de lo que nosotras le ordenáremos, y si le parece que es mucho lo que se le pide, considere que es mucho más lo que se aventura: y si es que vuesa merced viene con buena intencion, poco le ha de doler el jurar, que al buen pagador no le duelen prendas.

—Bien y rebien ha dicho la señora Marialonso,—dijo una de las doncellas, en fin como persona discreta y que está en las cosas como se debe, y si es que el señor no quiere jurar, no entre acá dentro.

A esto dijo Guiomar la negra, que no era muy ladina:

—Por mí, más que nunca jura, éntre con todo diablo, que aunque más jura, si acá estás todo olvida.

Oyó con gran sosiego Loaysa la arenga de la señora Marialonso, y con grave reposo y autoridad respondió:



—Por cierto, señoras hermanas y compañeras mías, que nunca mi intento fué, es, ni será otro que daros gusto y contento en cuanto mis fuerzas alcanzaren; y así no se me hará cuesta arriba este juramento que me piden; pero quisiera yo que se fiara algo de mi palabra, porque dada de tal persona como yo soy, era lo mismo que hacer una obligacion cuarentigia; y quiero hacer saber á vuesa merced que debajo del sayal hay al, y que debajo de mala capa suele estar un buen bebedor; mas para que todas estén seguras de mi buen deseo, determino de jurar como católico y buen varon: y así juro por la intemerata eficacia donde más santa y largamente se contiene, y por las entradas y salidas del santo Libano monte, y por todo aquello que en su proemio encierra la verdadera historia de Carlomagno, con la muerte del gigante Fierabras, de no salir ni pasar del juramento hecho, y del mandamiento de la más mínima y desechada destas señoras, so pena que si otra cosa hiciere ó quisiere hacer, desde ahora para entónces, y desde entónces para ahora lo doy por nulo, y no hecho ni valedero.

Aquí llegaba con su juramento el buen Loaysa, cuando una de las doncellas que con atencion le habia estado escuchando, dió una gran voz, diciendo:

—Este sí que es juramento para enternecer las piedras; mal haya yo, si más quiero que jures, pues con sólo lo jurado podías entrar en la misma sima de Cabra.

Y asiéndole de los gregüescos le metió dentro, y luego todas las demas se le pusieron á la redonda.

Luego fué una á dar las nuevas á su señora, la cual estaba haciendo centinela al sueño de su esposo, y cuando la mensajera le dijo que ya subia el músico, se alegró y se turbó en un punto, y preguntó si habia jurado.

Respondióle que sí, y con la más nueva forma de juramento que en su vida habia visto.

—Pues si ha jurado,—dijo Leonora,—asido le tenemos: ¡oh qué avisada que anduve en hacelle que jurase!

En esto llegó toda la caterva junta, y el músico en medio, alumbrándolos el negro y Guiomar la negra.

Y viendo Loaysa á Leonora, hizo muestra de arrojarse á los piés para besarle las manos.

Ella, callando y por señas, le hizo levantar, y todas estaban como mudas sin osar hablar, temerosas que su señor las oyese: lo cual considerado por Loaysa, les dijo que bien podian hablar alto, porque el unguento con que estaba untado su señor tenía tal virtud, que fuera de quitar la vida, ponía á un hombre como muerto.

Así lo creo yo,—dijo Leonora;—que si así no fuera, ya él hubiera despertado veinte veces, segun le hacen de sueño ligero sus muchas indisposiciones; pero despues que le unté, ronca como un animal.

—Pues eso es así,—dijo la dueña,—vámonos á aquella sala frontera, donde podremos oír cantar aquí al señor, y regocijarnos un poco.

—Vamos,—dijo Leonora,—pero quédese aquí Guiomar por guarda, que nos avise si Carrizales despierta.

A lo cual respondió Guiomar:

—Yo, negra, quedo, blancas van, Dios perdone á todas.

Quedóse la negra, fuéronse á la sala, donde habia un rico estrado, y cogiendo al señor en medio se sentaron todas.

Y tomando la buena Marialonso una vela, comenzó á mirar de arriba abajo al bueno del músico, y una decia:

—¡Ay qué copete que tiene tan lindo y tan rizado.

Otra:

—¡Ay qué blancura de dientes! ¡mal año para piñones mondados, que más blancos ni más lindos sean!

Otra:

—¡Ay qué ojos tan grandes y tan rasgados; y por el siglo de mi madre, que son verdes, que no parecen sino que son de esmeraldas.

Esta alababa la boca, aquella los piés, y todas juntas hicieron dél una menuda anatomía y pepitoria.

Sola Leonora callaba, y le miraba, y le iba pareciendo de mejor talle que su velado.

En esto la dueña tomó la guitarra que tenía el negro, y se la puso en las manos de Loaysa, rogándole que la tocase, y que cantase



unas coplillas que entónces andaban muy validas en Sevilla, que decian:

*Madre, la mi madre,  
Guardas me poneis.*

Cumplióle Loaysa su deseo. Levantáronse todas, y se comenaroná hacer pedazos bailando. Sabía la dueña las coplas, y cantólas con más gusto que buena voz, y fueron estas:

*Madre, la mi madre,  
Guardas me poneis;  
Que si yo no me guardo,  
No me guardaréis.*

Dicen que está escrito,  
Y con gran razon,  
Ser la privacion  
Causa de apetito:  
Crece en infinito  
Encerrado amor;  
Por eso es mejor  
Que no me encerreis.  
*Que si yo, etc.*

Si la voluntad  
Por sí no se guarda  
No la harán la guarda  
Miedo ó calidad:  
Romperá en verdad  
Por la misma muerte,  
Hasta hallar la suerte  
Que vos no entendeis.  
*Que si yo, etc.*

Quien tiene costumbre  
De ser amorosa,  
Como mariposa  
Se irá tras su lumbre,  
Aunque muchedumbre  
De guardas le pongan,  
Y aunque más proponga  
De hacer lo que haceis.  
*Que si yo, etc.*

Es de tal manera  
La fuerza amorosa,  
Que á la más hermosa  
La vuelve en quimera:  
El pecho de cera,  
De fuego la gana,  
Las manos de lana,  
De fieltro los piés.  
*Que si yo no me guardo,  
Mal me gurdaréis*

Al fin llegaban de su canto y baile el corro de las mozas, guiado por la buena dueña, cuando llegó Guiomar la centinela, toda turbada, hiriendo de pié y de mano como si tuviera alferecía, y con voz entre ronca y bajo, dijo:

—Despierto señor, señora; y señora, despierto señor, y levantas y viene.

Quien ha visto banda de palomas estar comiendo en el campo sin miedo lo que ajenas manos sembraron, que al furioso estrépito de disparada escopeta se azora y levanta, y olvidada del pasto, confusa y atónita cruza por los aires; tal se imagine que quedó la banda y corro de las bailadoras pasmadas y temerosas, oyendo la no esperada nueva que Guiomar habia traído; y procurando cada una su disculpa y todas juntas su remedio, cuál por una y cuál por otra parte, se fueron á esconder por los desvanes y rincones de la casa, dejando sólo al músico, el cual, dejando la guitarra y el canto, lleno de turbacion no sabia qué hacerse.

Torcía Leonora sus hermosas manos: abofeteábase el rostro, aunque blandamente, la señora Marialonso. En fin, todo era confusion, sobresalto y miedo.

Pero la dueña, como más astuta y reportada, dió orden que Loaysa se entrase en un aposento suyo, y que ella y su señora se quedarían en la sala, que no faltaria excusa que dar á su señor, si allí las hallase.

Escondióse luégo Loaysa, y la dueña se puso atenta á escuchar si su amo venia, y no sintiendo rumor alguno, cobró ánimo, y poco



á poco, paso ante paso se fué llegando al aposento donde su señor dormía, y oyó que roncaba como primero, y asegurada de que dormía, alzó las faldas y volvió corriendo á pedir albricias á su señora del sueño de su amo, la cual se las mandó de muy entera voluntad.

No quiso la buena dueña perder la conyuntura que la suerte le ofrecía de gozar primero que todas las gracias que ella se imaginaba que debía tener el músico; y así, diciéndole á Leonora que esperase en la sala en tanto que iba á llamarlo, la dejó y se entró donde él estaba no ménos confuso que pensativo, esperando las nuevas de lo que hacía el viejo untado: maldecía la falsedad del unguento, y quejábase de la credulidad de sus amigos y del poco advertimiento que había tenido en no hacer primero la experiencia en otro, ántes de hacerla en Carrizales.

En esto llegó la dueña, y le aseguró que el viejo dormía á más y mejor: sosegó el pecho, y estuvo atento á muchas palabras amorosas que Marialonso le dijo, de las cuales coligió la mala intencion suya, y propuso en sí de ponerla por anzuelo para pescar á su señora.

Y estando los dos en sus pláticas, las demas criadas, que estaban escondidas por diversas partes de la casa, una de aquí, otra de allí, volvieron á ver si era verdad que su amo había despertado; y viendo que todo estaba sepultado en silencio, llegaron á la sala donde habían dejado á su señora, de la cual supieron el sueño de su amo; y preguntándole por el músico y por la dueña, les dijo dónde estaban, y todas con el mismo silencio que habían traído se llegaron á escuchar por entre las puertas lo que entrambos trataban: no faltó de la junta Guiomar la negra; el negro sí, porque, así como oyó que su amo había despertado, se abrazó con su guitarra y se fué á esconder en su pajar, y, cubierto con la manta de su pobre cama, sudaba y trasudaba de miedo; y con todo eso no dejaba de tentar las cuerdas de la guitarra: tanta era (encomendado él sea á Satanás) la afición que tenía á la música.

Entreoyeron las mozas los requiebros de la vieja, y cada una le dijo el nombre de las pascuas: ninguna la llamó vieja que no fuese con su epíteto y adjetivo de hechicera y de barbuda, de antojadiza y de otros que por buen respeto se callan; pero lo que más risa cau-

sára á quien entónces las oyera, eran las razones de Guiomar la negra, que por ser portuguesa, y no muy ladina, era extraña la gracia con que la vituperaba.

En efeto, la conclusion de la plática de los dos fué que él condescendería con la voluntad della, cuando ella primero le entregase á toda su voluntad á su señora.

Cuesta arriba se le hizo á la dueña ofrecer lo que el músico pedía; pero á trueco de cumplir el deseo que ya se le había apoderado del alma, y de los huesos y médulas del cuerpo, le prometiera los imposibles que pudieran imaginarse: dejóle, y salió á hablar á su señora; y como vió su puerta rodeada de todas las criadas, les dijo que se recogiesen á sus aposentos, que otra noche habría lugar para gozar con ménos ó con ningun sobresalto del músico; que ya aquella noche el alboroto les había agüado el gusto.

Bien entendieron todas que la vieja se quería quedar sola; pero no pudieron dejar de obedecerla, porque las mandaba á todas.

Fuéronse las criadas, y ella acudió á la sala á persuadir á Leonora acudiese á la voluntad de Loaysa, con una larga y tan concertada arenga, que pareció que de muchos días la tenía estudiada: encarecióle su gentileza, su valor, su donaire y sus muchas gracias; pintóle de cuánto más gusto le serían los abrazos del amante mozo que los del marido viejo, asegurándole el secreto y la duracion del deleite, con otras cosas semejantes á éstas, que el demonio le puso en la lengua, llenas de colores retóricos tan demostrativos y eficaces, que movieran, no sólo el corazón tierno y poco advertido de la simple é incauta Leonora, sino el de un endurecido mármol.

¡Oh dueñas, nacidas y usadas en el mundo para perdición de mil recatadas y buenas intenciones! ¡Oh luengas y repulgadas tocas, escogidas para autorizar las salas y los estrados de señoras principales, y cuán al revés de lo que debíades usais de vuestro casi ya forzoso oficio!

En fin, tanto dijo la dueña, tanto persuadió la dueña, que Leonora se rindió, Leonora se engañó, y Leonora se perdió, dando en tierra con todas las prevenciones del discreto Carrizales, que dormía el sueño de la muerte de su honra.